

Hallóse con el bárbaro tan cerca,  
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,  
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,  
Doblando su cerviz tan dura y terca;  
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca  
Envueltos en durísimos abrazos,  
Que entrambos en la lucha son maestros,  
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas  
A fuerza de los vínculos estrechos,  
Y con los pies izquierdos y derechos  
Se valen de traspies y zancadillas;  
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,  
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,  
Ya laten los ijares, ya garlean,  
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,  
Arando con sus pies la tierra dura,  
Y válese tal vez de fuerza pura,  
Tal vez de su destreza, maña y arte;  
La firme trabazon del baluarte  
Se siente á sus vaivenes mal segura,  
Y toda en torno tanto se estremece,  
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,  
El uno porque á tanto no se atreve,  
Y el otro porque haciendo lo que debe,  
Acude en su lugar á la pelea;  
De mas de que por toda la trinchea  
Tan á menudo flecha y bala llueve  
Por nubes de materia salitrada,  
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,  
Andando cuál encima y cuál debajo,  
El bárbaro de un salto vino abajo,  
Dejando al Español y á la barrera,  
Y no cayó á la parte de hácia fuera,  
Para que se librara del trabajo,  
Sino en la plaza, en medio de enemigos,  
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla  
El presto don Felipe de Hurtado,  
Ganoso de acabar lo comenzado,  
Y de ganar al Indio la batalla;  
Mas él que en tales términos se halla,  
Bramando mas que el toro agarrochado,  
Espumajoso y fiero en el semblante,  
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana  
Y á la primera vez que la voltea,  
Hace subir mas gente á la trinchea  
De la que se le queda en tierra llana;  
En esto la batida barbacaña,  
Vuelta de cana en roja, bermeja,  
Y á mas andar por una y otra parte  
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el Indio flechas en la plaza;  
Graniza sobre el fuerte piedra dura;  
Ya dellas la formada nube oscura  
Al claro cielo encubre y embaraza;  
Ya el dardo arrojado desembraza,  
Rompiendo la region sutil y pura;  
Ya calla el mar furioso y bravas ondas  
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el Español, á fuerza de tronidos,  
Hace temblar el monte y la trinchea;  
Ya el seco polvorin relampaguea,  
Ya se disparan rayos encendidos;  
Ya el cielo y aire están escurecidos;  
Ya no hay debajo dellos que se vea,  
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,  
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba  
Venir la tempestad impetuosa,  
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,  
Con desigual horror y furia brava;  
La cual al cielo, que antes raso estaba,  
Viste de negra nube procelosa,  
Que despidiendo lanzas á la tierra,  
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Quando se ven el mar, el aire, el cielo,  
Armados del rigor que están lanzando,  
Y la rasgada nube retronando  
Escupe fuego vivo contra el suelo;  
El pájaro en su nido eriza el pelo,  
Y todo se acorruca tiritando;  
Debajo de sus madres los cabritos  
Están temblando mudos y marchitos;

O como suelen dos discordes vientos,  
Iguales en las fuerzas encontrarse,  
Y en una opaca selva contrastarse  
Con encontrados soplos turbulentos,  
Haciendo que á sus ímpetus violentos,  
Unos con otros vengan á trabarse  
Los árboles del bosque entretejido,  
Formando fragoroso ruido:

Asi las huestes bárbara y cristiana,  
Dado que desiguales tanto sean,  
Es tanta la igualdad con que pelean,  
Que aun no se pierde tanto ni se gana;  
Aunque con mano todos inhumana,  
Asi los duros golpes menudean,  
Que van atropellando los postreros  
Por prisa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,  
Enhiesto sobre el muro entre su gente,  
Parece aquel magnánimo y valiente,  
Aquel insigne jóven don Garcia;  
Cual suele parecer al medio dia  
A vueltas de agua un sol resplandeciente,  
O como cuando el cielo está nublado,  
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera  
Un blanco y limpio arnés de temple fino,  
Y por de dentro al alma un diamantino,  
Que al ímpetu de un monte resistiera;  
Brotaba por su rostro y la cimera  
Mas luz que el sol en medio su camino,  
Bastante á que mirándole de frente  
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba  
Con suma perfeccion y gracia puesto,  
Y el aguileño, rojo y blanco gesto  
Envuelto en fina púrpura mostraba;  
Ninguno de los suyos le miraba,  
Por mínimo que fuera, que con esto  
No concibiese un ánimo terrible,  
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazon el fuerte escudo,  
Como á seguro arrimo está arrimado,  
Y á la derecha mano encomendado  
El blanco, ya bermejo, filo agudo;  
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo  
A su pesar mil veces paso ha dado,  
Haciendo de la clara sangre nueva,  
A costa de la suya clara prueba.

Solicito por todas partes anda,  
En todo se interpone, á todo atiende,  
Y aunque en furor colérico se enciende,  
Con gran reportacion ordena y manda;  
A quien la mano muestra floja y blanda,  
Con apretar la suya reprehende,  
Y en el que con mayor esfuerzo lidia  
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave  
Anima á su escuadron en tal estrecho,  
Y sobre el alto dicho pone el hecho,  
Cosa que en un sugeto apenas cabe;  
Y menos cabe en mí que los alabe,  
Faltándome la voz, el canto, el pecho,  
Si no me presta el cielo para tanto  
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

## CANTO VI.

Prosiguese el asalto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este dia; hasta que por la mucha industria, órden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que habia quedado en los navios, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualera, sabida la rota de los suyos, hace un lastimoso y grande sentimiento.

Es Dios en dar de pecho tan hidalgo  
Y tiene como tal tan rico modo,  
Que dado que á ninguno lo dé todo,  
Al fin á nadie deja de dar algo;  
Si yo para las letras nada valgo,  
Veráse que á las armas me acomodo,  
Y si otro no es valiente ni jurista,  
Es músico, galán ó romancista.

Mas aunque mas y menos, conocemos  
Que todos tengan parte en estos dones,  
Quién obras participe con razones,  
Difícilamente lo sabemos;  
Muchos valientes Héctores verémos,  
Y muchos elocuentes Cicerones,  
Mas pocos que con ánimo valiente  
Imiten al retórico elocuente.

El otro que en el aire el pelo corta,  
No sabe del escudo ni la adarga,  
Y el otro que es maestro desta carga,  
Al tiempo del hablar se turba y corta;  
¡Oh cuántos hombres hay de mano corta,  
Que tienen juntamente lengua larga,  
Y cuán poquitos griegos hacen tercio  
Entre los dos el Ayax y el Laercio!

No digo yo que es malo solo el dicho,  
Pues del podrá salir algun provecho,  
Mas digo que entre el dicho y entre el hecho  
Se pone muchas veces entredicho;  
Y aunque el predicador tan bien ha dicho,  
Que al auditorio deja satisfecho,  
Si bien como lo dice no lo hace,  
Ni á Dios, ni á sí, ni al mundo satisface.

Mas quien de sí da claro testimonio,  
Que en hecho como en dicho resplandee,  
Es nuestro General, y así merece  
Tener por nombre Ulises Telamonio;  
Pues siendo en sus palabras un favonio,  
En obras mas que Bóreas se embravece,  
Segun veréis agora por mi canto,  
Si á dicha voz mortal pudiere tanto.

Con su luciente espada en sangre roja  
Está sirviendo al muro de muralla,  
Y á donde ve mas viva la batalla,  
Con mas denuedo y ánimo se arroja;  
Haciendo por do va que se recoja  
El misero que cerca del se halla,  
Pena de que esperando el golpe esquivo,  
Podrá desesperar de verse vivo.

De una estocada á Pinguedo harena,  
Y de otra punta al diestro Longo ensarta;  
Al alma de Copil del cuerpo aparta,  
A Crin de tajo un músculo cercena;  
De bárbaros la cava tiene hena,  
Aunque su hambrienta cólera no harta,  
Que como crece dellos el enjambre,  
Crece tambien sin término su hambre.

Lugar le hacen ya los mas altivos,  
Porque ninguno al fin de grado muere,  
Y asi para pasar adonde quiere,  
Le estorban mas los muertos que los vivos;  
En el que ve mas puesto en los estribos,  
Y que á esperar su encuentro se profiere,  
En ese carga mas la dura mano,  
Haciéndole allanar de llano en llano.

Mas no por ser el daño semejante,  
Desmayan los enormes araucanos,  
Antes revuelven mas las duras manos  
Y arrojan los curtidos pies delante;  
El español denmado no es bastante  
A reprimir sus ímpetus insanos,  
Dado que su poder ha puesto junto  
Y á la fogosa cólera en su punto.

Ya cuerpo á cuerpo en medio de la plaza  
Con el cristiano el bárbaro pelea,  
Do si la pica larga aquel florea,  
Este revuelve bien la dura maza;  
Para lo cual ya poco le embaraza  
La cava honda, y menos la trinchea,  
Porque esta rota en partes va saltando,  
Y aquella de cadáveres cegando.

Los nuestros, viendo que es la propia vida  
El premio y galardón de la victoria,  
Hacen eterna al mundo su memoria,  
A costa del idólatra homicida;  
Y asi le dan la pena merecida,  
Mas no porque ellos queden con la gloria,  
Que para nadie es tiempo de cantalla  
Hasta que llegue el fin de la batalla.

Arauco lo procura por su parte,  
Y España de la suya lo pretende,  
Por do fortuna varia se suspende,  
Y en medio está neutral el fiero Marte;  
Bien que mayor el daño se reparte  
Por quien tan caro el caro suelo vende,  
Pero supliendo el número crecido,  
Su juego por igual está partido.

El capitán de Viezma y el de Aguayo,  
Gabriel Gutierrez, Abalos y Lira,  
Martín de Santaren, Martín de Elvira,  
Don Pablo de Espinosa, Vaca y Payo  
Hacen de parte suya lo que el rayo,  
Cuando furioso Jupiter lo tira,  
Cargando á los contrarios de manera,  
Que juntos en monton los echan fuera.

Manrique, don Simón y Santillana,  
Verdugo, Luis Chérinos y Morgia,  
Juan de Villegas, Barrios y Megia  
Tienen de muertos ya la fosa llana;  
Pues Lagos de la sangre no cristiana,  
Calientes y espumosos los hacia,  
Y Bravo respondiendo al apellido,  
Defiende bravamente su partido.

Envueltos de coraje en blanca espuma  
Están los dos Guzmanes y Ahumada,  
Y don Alonso haciendo por la espada  
Aun mas de lo que dijo con la pluma;  
Osorio y Pacho han muerto grande suma,  
Riva Martín y Perez de la entrada  
Tan bien al enemigo la defienden,  
Que á precio de la vida se la venden.

Estaba destos, parte en la muralla  
Al ímpetu pagano resistiendo,  
Y parte por la plaza combatiendo  
En mas renida y áspera batalla;  
Por donde mas de sangre que de malla  
Cubierto Tucapel, iba rompiendo  
En los de su escuadron mas señalado,  
Que en los novillos toro madrigado.

Triste del español, á quien su maza  
En descubierto diere algun alcance,  
Que sin remedio es mate al otro lance  
En el tablero angosto de la plaza;  
No vale arnés tranzado ni coraza  
Para dejar de verse en este trance,  
El que con temerario desatino  
Presume de atajalle su camino.

Trompica á Diego de Avalos y á Sierra,  
A Zúñiga y Teruel saca de seso,  
Muele á Molina cuero, carne y hueso,  
Haciéndole medir la dura tierra;  
La llama que en su ardiente pecho encierra,  
Despide por los ojos humo espeso,  
Con que en furor, en saña, en ira crece,  
Y un infernal espíritu parece.

En esto don Felipe, que en su busca  
Del muro y terraplen saltado había,  
Abriendo por la turba le seguía,  
Y por la polvorosa nube fusca;  
Cual entre gente rútila y etrusca  
El valeroso Dárdano venía,  
Siguiendo tras Mecencio el arrogante  
Para vengar la muerte de Palante.

Mas hubo de estorballer en su jornada  
Ver en sangrienta lid al caro hermano  
Con Rengo, Leucoton y Gracolano,  
Haciéndoles probar su cruda espada,  
Que con la sangre dellas barnizada  
Estaba de la punta hasta la mano,  
Y el dueño con la destos y aun de todos  
Desde la propia mano hasta los codos.

Al mozo Gracolano de un Tajo había  
Llevádole del asta un gran pedazo,  
Y al diestro Leucoton herido un brazo,  
Que embarazoso y tardo le traía;  
Mas al potente Rengo no podía  
Hacer algun estorbo ni embarazo,  
Por ser sobremano el indio suelto,  
Desempachado, libre y desenvuelto.

Asi se irrita desto don Hurtado,  
Que solo á Rengo busca, á Rengo quiere,  
Hasta que de una punta al fin le hiere,  
Saliéndole al encuentro por un lado;  
El bárbaro, sintiéndose llagado,  
¿Qué pecho habrá de bronce que lo espere?  
Levanta el fuerte brazo y el madero  
Tirándole un rabioso golpe fiero.

El diestro General, que ya no pudo  
Hurtar el cuerpo del como querria,  
Bajose cuando el leño descendia,  
Alzando en ambas manos el escudo;  
Mas no detuvo el paso al fresco ruido,  
Aunque templó la fuerza que traía,  
Porque con él y todo vino al yelmo,  
Adonde apareció mas de un Santelmo.

Quedó el valiente jóven atronado,  
Mas sin hacer desden, á poca pieza,  
Brotando llamas de ira se endereza  
El poderoso brazo levantado;  
Bien quiere el indio presto dalle lado,  
Temiendo no le parta la cabeza,  
Mas aunque se retira, no es de modo,  
Que salve desta vez el cuerpo todo.

Alcánzale de un lado en tal manera  
Con la inclemente espada, recia y dura,  
Que desde el hombro diestro á la cintura,  
A no torcer el puño, le hendiera;  
Que no iba para menos, aunque diera,  
No digo yo en la débil armadura,  
Sino sobre una yunque ó peña viva,  
La rigurosa mano vengativa.

Mas no dejó de ser el golpe tanto  
Que al bárbaro, mas fuerte que una roca,  
No le pusiese en tierra pecho y boca,  
Y allá en el corazon un grande espanto;  
El mar del Sur, del Norte y de Lepanto,  
El mas pequeño pez y oculta foca  
Sintieron claro el son del golpe avieso:  
¿Qué sentirá quien sienta encima el peso?

No pudo levantarse el indio fiero,  
Ni desdoblar tan presto la rodilla,  
Que recogiendo el brazo y la cuchilla,  
No segundase el tiro el caballero,  
Metiéndole una punta por el cuero,  
Que le cosió en el suelo una costilla,  
Clavando en él un palmo y mas de espada  
En la caliente sangre acicalada.

Agora Leucoton y Gracolano  
Le embisten maldiciendo al hado fuerte  
Y duro en permitir que desta suerte  
Los trate un solo brazo, y ese humano;  
Con tal despecho entrambos á una mano  
Las alzan de manera, que la muerte  
Se puso el viso alerta y en balance,  
Pensando desta vez tener buen lance.

Mas como Leucoton estaba herido,  
Y Gracolano con solo un trozo de asta,  
El golpe de ambos juntos aun no basta  
Para volarle el alma de su nido;  
Pero bastó á sacarle de sentido  
Con dar sobre el escudo y gruesa pasta,  
Dejándosele roto y abollado,  
Y al dueño á sombra del arrodillado.

Ya Rengo, sumergido en rabia nueva  
Del polvo, lleno del, se levantaba,  
Y transformado en una tigre brava,  
Si ve robado el parto de la cueva;  
Cuando á la par y aun antes que él se leva  
El jóven que en un ancla sola estaba,  
Las velas desplegando de su esfuerzo  
Al Bóreas de su furia, Norte y Cierzo.

Aquí, Señor, llegaba la porfia  
De aquel que os dió por padre el cielo pio,  
Cuando la vió su hermano y vuestro tio,  
Que á Tucapel colérico seguía;  
Pero torció de súbito la via  
Al talle que se tuerce el raudo rio,  
Que, por ajeno curso encaminado,  
Se topa con su madre al otro lado.

Asi revuelve, yéndose derecho  
Al arrogante mozo Gracolano,  
Que alzaba á tal sazón la dura mano,  
Y tirale una punta al duro pecho;  
No fué el cerrado jaco de provecho,  
Que el filo abrió por el camino llano,  
Y descubrió el tesoro de las venas,  
De que sacó al salir las manos llenas.

Acude Leucoton en este punto,  
Y viendo al compañero en tal trabajo,  
A don Felipe tira un altibajo,  
Poniendo en él su fuerza y poder junto;  
Fué tal, que le dejó como difunto,  
Y á pique de ocupar el suelo bajo,  
Por dalle en la cerviz de lleno en lleno,  
Que no le pudo dar de bueno en bueno.

El Español, turbados los sentidos,  
Quedó con ambas piernas vacilando  
Y sangre mal cuajada reventando  
A un tiempo por la boca y los oidos;  
Su hermano, que á los otros dos erguidos  
Estaba las cabezas inclinando,  
Revuelve á Leucoton, que ya volvía  
Sobre el que sin acuerdo le atendía;

Y al iracundo brazo dando vuelo,  
Le dió tan estupenda cuchillada,  
Que le partió por medio la celada  
Y dió con él rodando por el suelo;  
Adonde, viendo estrellas en el cielo,  
Creyó que el cerro, el muro, la estacada,  
Con todo el escuadron de Romania  
A solo dar sobre él venido había.

Destá manera el jóven satisfizo  
El desmedido golpe del hermano,  
Y le pagó el favor con larga mano,  
Si alguno por la suya se le hizo;  
Mas el baston durisimo y rollizo  
Alzaba Rengo ya para el cristiano,  
Cuando vinieron Lagos, Hortigosa,  
Dominguez, Arias Pardo y Peñalosa.

Desotra parte Angol, Talgueno, Guado  
Con otro gran tropel llegaron luego,  
Por donde el sanguinoso y duro juego  
Forzosamente fué desbaratado;  
Y don Felipe, habiendo en sí tornado,  
Por todos ellos se entra con el fuego  
Y licenciada llama de su enojo,  
Cual esta suelto entrar por un rastrojo.

A cuál inhabilita en el sentido,  
A cuál del alma priva y enajena,  
Pagando muchos miseros la pena  
De lo por uno solo cometido;  
No menos va el hermano embravecido,  
Dejando acá y allá la plaza llena  
De la enemiga sangre que derrama,  
Y de su voz la trompa de la fama.

Quedaba Gracolano con Arias Pardo,  
Carranza y otro en rigida batalla,  
Ganando, aunque perdiendo sangre y malla,  
Renombre de leon y suelto pardo;  
Pues con braveza de ánimo gallardo,  
Aunque sin maza ni baston se halla,  
Con el pedazo de asta se defiende,  
Y aunque hayan de ofendelle, los ofende.

Mas ya de tanto dar en las espadas,  
En las cabezas, huesos y costillas,  
Se le desbizo el trozo en mil astillas,  
Que fueron por el aire derramadas;  
Pero con todo, á coces y puñadas  
Andaba entre las asperas cuchillas,  
Sin desistir del vano presupuesto  
Con ser el daño del tan manifiesto.

Hasta que ya, sintiendo desangrarse,  
Y visto por lo mucho que perdía,  
Lo mal que en este juego le decia,  
Tuvo por bien el bárbaro de alzarse;  
Mas viendo mal camino de salvarse,  
Si por los enemigos no lo abría,  
Salvando el anecho foso desde el muro,  
Se aprovechó del medio mas seguro.

Para lo cual, ballándole cercano,  
De un salto con Martin de Elvira cierra,  
A cuya lanza tanto el puño afierra,  
Que se la arranca y lleva de la mano;  
Y haciendo á fuerza della el paso llano,  
Saltó para poner en medio tierra,  
Mas la traidora Parca y su destino  
Le dieron otro salto en el camino.

Porque antes de acabar el presto salto,  
Su fin, que en una bala envuelto vino,  
Atravesó las sienes del mezquino,  
Cuando iba por el aire en lo mas alto,  
Cayendo ya de vida el cuerpo falto,  
Como cayera un alto y grueso pino,  
Sobre los otros cuerpos de la cava,  
Y el alma donde el fuego la esperaba.

Quedó con Gracolano dentro del foso  
La lanza por su lance bien ganada,  
Un tercio della fuera y arrimada,  
Como en señal del hecho victorioso;  
La cual Piñol, un jóven orgulloso,  
Asió de sobre el muro, y alcanzada,  
Quiso con tal honor saltar afuera,  
Mas távole tambien la muerte fiera.

Un rayo artificial, de plomo hecho,  
Que despidió la pólvora tronando,  
Le entró por las espaldas rechinando,  
Y le sacó la vida por el pecho;  
Otro cayó tras este, que derecho  
Hacia Peteguelen encaminado,  
Le taladró de la una á la otra ijada,  
Por donde entró la muerte acelerada.

Corrieron al despojo desta lanza,  
Aunque tan cara ya costado había,  
Itata, Curalemo y Levopia,  
Mas nadie la alcanzó por su tardanza;  
Que Guaticol mas presto se abalanza,  
Mancebo de grandísima osadía,  
Y en el entregó della no fué tardo,  
Terciándola con término gallardo.

Arremetió con ella luego al muro,  
Blandiéndola y jugándola de talle,  
Que mas de dos hubieron de enrubialle  
A costa de su sangre el hierro duro;  
Mas si supiera el triste, á buen seguro,  
Lo mucho que esta lanza ha de costalle,  
Que nunca por habella se arriesgara,  
Ni aun viéndola á sus pies la levantara.

Mas quiso la fortuna que este engaño  
Agora en Guaticolo fuese hecho,  
Para que de sí fuerte y alto pecho  
Martin de Elvira diese el desengaño;  
Que siempre de lo que es en unos daño  
Suele seguirse en otros el provecho,  
Costumbre de este suelo y de sus heces,  
Donde las cosas todas son á veces.

Pues viendo arriba el hecho don Hurtado,  
Volvió los graves ojos al de Elvira,  
El cual quedó mirando quien le mira,  
De vergonzosa púrpura bañado;  
Y así corrido, fiero y denodado  
Se sale del palenque, y luego tira  
Derecho al escuadron, sin lanza, y solo  
En busca de la suya y Guaticolo;

Do por espesos bárbaros abriendo  
Con mas temeridad que valentia,  
Las contrapuestas armas rebatía,  
Siempre su pretendido fin siguiendo;  
Hasta que en breve término viniendo  
Donde la pica el bárbaro blandía,  
Quiso cerrar con él trabando della,  
Mas no le dieron tiempo de cogella.

Era robusto el indio corpulento,  
Como un jayán en fuerza y estatura,  
Por donde con gentil desenvoltura  
La pica floreaba por el cuento;  
Mas para no alargarme en este cuento,  
El español, por maña ó por ventura,  
O por valor á tanto suficiente,  
Apechugó con él estrechamente.

Y luego sin que al indio le valiera  
Tener, cual digo, fuerzas tan extrañas,  
Ni ser probado y único en las mañas,  
Le trabucó de golpe en la ladera;  
Do echando una luciente daga fuera,  
Se la envainó en las intimas entrañas  
Primera vez, segunda, cuarta, quinta  
Y siempre hasta la cruz en sangre tinta.

A la postrera, viendo al enemigo  
Turbado ya el color, la faz difunta,  
Sacó la roja daga, y en la punta  
Colgando el alma ausente de su abrigo,  
Y siendo todo el campo allí testigo,  
Ganó su honor, su lanza y gloria junta,  
Volviéndose, á pesar de todo el resto,  
A su lugar y gente ufana desto.

En tanto que lo dicho acá pasaba,  
La gente de las naves en oyendo  
Aquel tumulto bárbaro y estruendo  
Que bajo de las ondas rimbombaba,  
Reconoció el asalto que se daba  
A su Gobernador, y pretendiendo  
Llevarle algun socorro en tanta guerra,  
Cuan presto le es posible sale á tierra.

Cual viene con el remo y cual no aguarda  
Sino á partir la entena del trinquete,  
Cual con timon y cual con guimbaleta,  
Cual con gurguz y cual con alaharda;  
Quién viste la tomada cota parda,  
Quién la coraza y quien el coselete,  
Poniéndose, aunque pocos, por la arena  
En escuadron formado y orden buena.

Apenas cada cual como podía  
A la marina hubieron arribado,  
Cuando una manga de indios por un lado  
Los acomete en alta griteria;  
Cuyo caudillo indómito venia  
A todos los demás adelantado  
Con muestra desdenosa y confiada  
De atropellar el mundo por la espada.

Este era Feniston, mozo valiente,  
Criado en la marcial y dura escuela,  
Muerto por verse dentro de la tela  
Con otro no de menos yerta frente;  
Mas viérase con él difícilmente  
Si al peligroso encuentro Valenzuela,  
Señor de la destreza y de un navio,  
No le saliera igual en gana y brío.

Trabóse entre él y el bárbaro membrudo  
Una mortal durisima batalla,  
Mas ni me dan espacio de contalla,  
Ni cuento cada cosa por menudo;  
Solo diré que el nuestro tanto pudo,  
Que á vista del ejército y muralla,  
Dió con el indio muerto en el arena,  
Y luego á los demás la mano llena.

Los rudos marineros, como gente  
Al improbo trabajo acostumbrada,  
Con pecho argamasado y frente osada  
Se contraponen á todo aquel torrente;  
Aunque el soberbio bárbaro impaciente,  
Que estima por vencer la vida en nada,  
Les da por junto al agua tal encuentro,  
Que alguna vez los lleva y mete dentro.

Adonde con las ondas á los pechos,  
Que no hay en tal sazón tenellos frios,  
Sino de furias, cóleras y bríos  
Calientes, inflamados y deshechos,  
A tanto punto suben sus despechos,  
Que aspiran á tomarse los navios  
Para con ellos irse viento en popa  
A conquistar los fines de la Europa.

Con este fin los víerades que andaban  
Cuál con macana, cuál con flecha y arco,  
Muriendo por poder ganar un barco,  
Que algunos de los nuestros ocupaban;  
Pero con tal esfuerzo lo guardaban,  
Aunque de sangre estaba dentro un charco,  
Que el que á llegar á bordo se atrevía,  
Si no la mano, el ánima perdía.

Esta manera á vista de su muro  
Se saben defender los de la arena,  
Teniéndola de cuerpos casi llena,  
Y aun de ánimas también el reino oscuro;  
Aunque por esto nadie está seguro,  
Ni tanto solamente en sangre ajena,  
A causa de tener en harta copia  
Para poder temirse de la propia.

También arriba estaba la refriega,  
Ya que según el bando rudo y fiero  
No en el tesón y término primero,  
Al menos bien furiosa, brava y ciega;  
Talgún y Tucapel no sosiega  
De dar en que entender al muro entero,  
Ni Rengo, Lepomande, Angol y Guado  
Dejan de proseguir lo comenzado.

Aunque Pineda, Barrios y Lasarte,  
Villegas y Juan Alvarez de Luna  
Con estos seis encuentran su fortuna,  
Probando lo que en ellos tiene Marte;  
Y don Felipe viendo desde aparte  
La mano tan infiel como importuna  
De Tucapel, que tanto codiciaba,  
Cerró con él furioso como andaba.

Mas como del haber con tanta gente  
Y tantas horas tanto combatido  
Se viese desangrado y mal herido,  
Andaba mas rabioso que valiente;  
Y aunque él de puro enojo no lo siente,  
El áspero contrario lo ha sentido,  
Por donde mas los golpes apresura,  
Y si decirse es fútil, le apura.

Velo Talgún su amigo, y aunque estaba  
Con veinte y dos heridas penetrado,  
Del aguijón de amor estimulado,  
Se parte adonde nadie le esperaba,  
Llegando á coyuntura, que tiraba  
El Español al Indio un golpe airado,  
Con que á despecho suyo le hiciera  
Que por mortal, muriendo, se tuviera.

Mas al ejecutallo se atraviesa  
Talgún, rebatiendo la estocada,  
Y dándole tal golpe en la celada,  
Que como el viento al ramo le remesa;  
Hizo el cristiano mas de una represa,  
Que fué por verse en trance tranceada,  
Mas luego la enmendó con otro doble,  
Tirando al fiero bárbaro un mandoble.

Erróle, mas volvió con una punta,  
Que del siniestro lado apoderada,  
Falsando el peto duro entró la espada,  
Hasta que al espaldar salió la punta;  
El Indio, que su muerte ya barrunta,  
Propone de dejarla bien vengada;  
Mas ponésele amor en este instante  
Con su Quidora bella por delante.

Cuya memoria tierna tanto pudo  
Para movelle el pecho endurecido,  
Que puesto su propósito en olvido,  
Y el parecer primero enorme y rudo,  
Antes que se rompiera el vital rudo,  
Y viendo su escudron casi roído,  
Tuvo por bien dejar el duro asalto  
Saliéndose del muro en presto salto.

Y cuando el ferocísimo semblante  
Volvió nuestro Español de furia lleno,  
Ni á Tucapel halló ni vió á Talgueno,  
Pero pasó por otros adelante;  
El General, que al impetu arrogante  
Del bárbaro pretende poner freno  
Y despegalle ya de la estocada,  
Muestra de sí milagros por la espada.

No hace por do pasa tal estrago  
El caudaloso, bravo y lleno río  
Que fuera de su madre y vado frío  
Al fresco valle envuelve en turbio lago,  
Y á la dehesa, ejido, soto y pago  
Despoja de su adorno y atavío,  
Volcando piedras, troncos y maderos,  
Y alguna vez los árboles enteros.

Sonaban ya por donde discurría  
Rabiosas bascas, voces y gemidos  
Que con mortales ansias despedidos  
Formaban dura y áspera armonía;  
Mas veis en tal sazón por do venía,  
Ensoñeciendo á golpes los oídos,  
Y haciéndose temer de cabo á cabo  
El hijo de Leocán (9) furioso y bravo.

Habiase estado el bárbaro acá afuera  
Sus fuertes escuadrones gobernando,  
Y como de propósito aguardando  
A cuando mas su gente no pudiera,  
Para que á su valor solo se diera  
La gloria que se estaba asegurando,  
Así como le viesan dentro el muro  
Y levantar allí su brazo duro.

Del hombro solamente á la cintura  
De un grueso coselete viene armado,  
Y lo demás del cuerpo desarmado,  
Que su reputación se lo asegura;  
No admite en las espaldas armadura,  
Porque jamás su pecho levantado  
Admite pensamiento de volvelas,  
Aunque la vida esté librada en ellas.

Lleva de roble indómito cortada  
Una robusta maza mal pulida,  
Desastillada en partes y rompida,  
Y aun de española sangre salpicada;  
De limpio acero puesta una celada,  
Con cintas de oro y plata guarnecida,  
Y al idolo Pillano por cimera,  
En forma de serpiente horrible y fiera.

Esta manera va Canpolicano,  
De polvo y de sudor el rostro lleno,  
Y de furor colmado el ancho seno,  
Que á mas andar desagua por la mano;  
Contados son los golpes que da en vano,  
Sin cuenta los que da de lleno en lleno,  
Hasta ponerse dentro de la plaza,  
Rompiendo el muro á fuerza de su maza.

En esto el vigilante don Hurtado,  
Habiendo visto el daño que en su gente  
Hace el bravo bárbaro valiente,  
En hechos y devisa señalado,  
De aquel fogoso espíritu llevado  
Que semejante agravio no consiente,  
Se va para el despecho todo en ira,  
Poniendo el viso en él y en Dios la mira.

Llegóse, y embelbiendo el brazo esquivo,  
Antes que el indio alzase la ferrada,  
Encaminó la punta de la espada  
Al obstinado pecho vengativo;  
Y sin velle el peto defensivo,  
Aunque de piel durísima y probada,  
Entró por él mas fácil que si fuera  
De tierno cordobán ó blanda cera.

Abrió la fiera punta el diestro lado,  
Por donde entró corriendo el filo crudo  
Hasta que ya, llegando donde pudo,  
Juntó la guarnición con el costado;  
Allí en la fiera boca don Hurtado  
Tal golpe le asentó con el escudo,  
Que sin poder abrirla contra el cielo,  
Caupolicán de espaldas vino al suelo.

Cayó, que fué ventura, por do estaba  
Abierto un gran portillo en la barrera  
Quedando con el medio cuerpo fuera,  
Casi pendiente encima de la cava;  
Y así, cuando deshecho en ira brava  
Al levantarse fué la bestia fiera,  
Sin advertir el puesto peligroso,  
Consigo de cabeza dió en el foso;

La cual como del golpe recibido  
En la primera súbita caída  
Estaba ya malsana y mal sentida,  
Quedó de la segunda sin sentido.  
El victorioso joven como vido  
Haberse rematado esta partida,  
Volvió gozosamente á la batalla  
Con ánimo también de rematalla:

Do viendo cómo algunos indios fieros,  
Que en las insinias, muestras y ademanes  
Mostraban claro ser los capitanes,  
Andaban en el daño delanteros,  
Llamó escogidos veinte arcabuceros  
Para que destos bárbaros guzmanes,  
Que él mismo señalaba por su mano,  
Algunos le pusiesen en lo llano.

El escogido bando, que desea  
Mostrar su pulso firme y cierta mira,  
Al enemigo apunta, encara y mira,  
Que entre los otros mas se gallardea;  
Tan bien el plomo y pólvora se emplea,  
Que apenas hay quien yerre adonde tira,  
Y así, derriban destos y desotros,  
Mas luego en su lugar se ponen otros.

Pues como tan apriesa á causa de esto  
Jugase el arcabuz y artillería,  
Gastóse al fin la pólvora que habia,  
Que era la que mejor guardaba el puesto;  
Mas dieron á las naves voces presto,  
Que bien de allí la voz se percibía,  
Pidiendo que á pasar se aventurasen  
Y el salitrado polvo se llevasen.

Mas como de enemigos la marina  
Estaba á la sazón también cuajada,  
Ninguno, habiendo pólvora sobrada,  
A ser el portador se determina;  
Hasta que de la prora mas vecina  
Saltó con voluntad determinada  
Un clérigo animoso y esforzado,  
Sacando una botija en cada lado.

Y en un pequeño esquinete en breve espacio,  
Llegado con su carga á la ribera,  
Al muro parte luego de carrera,  
Que no era tiempo aquel para ir despacio;  
Llamábase este el padre Bonifacio,  
Y cuando tal renombre no tuviera,  
Por este bien que hizo y bravo hecho  
Hubiera para darselo derecho.

Fué su ventura tal y atrevimiento,  
Que por entre las armas contrapuestas  
Pasó con sus vasijas dos á cuestras,  
Subiéndolas allá sin detrimento;  
A do mostrando aun mas vigor y aliento,  
En cómodo lugar las dejó puestas,  
De donde siendo luego repartidas,  
Sacaron de los indios muchas vidas.

El uno aquí y el otro allí se tiende  
Del inmortale espíritu privado,  
Y al arrancalle tuerece el rostro airado  
Como que aun de la muerte se defiende;  
A quién por la cabeza el filo hiende,  
A quién la bala deja atravesado,  
A quién le asoma ya por la cintura  
El palpitante vientre y asadura;

Y cuál con vengativo y duro ceño,  
Habiéndole embebido media lanza,  
Por ella misma entrando se abalanza  
Hasta cerrar á brazos con el dueño,  
Queriendo que se abrevie el mortal sueño,  
Y no que se dilate la venganza:  
A tanta perdición y daño llega  
El daño y perdición de un alma ciega.

Las tronadoras seis hinchadas piezas,  
Apriesa disparadas de mampuesto,  
Hacen destrozo y daño manifiesto,  
Llevando piernas, brazos y cabezas;  
Cuál muere de una vez partido en piezas,  
Haciéndole favor la muerte en esto,  
Y á cuál, estando ya el pié en el estribo,  
Las ganas de morir le tienen vivo.

¡Oh cuántos desfallecen de heridas  
Por solo no ligallas desangrados!  
¡Oh cuántos cuerpos ruedan destroncados!  
¡Cuántas cabezas vuelan divididas!  
¡Oh qué de alientos, ánimas y vidas  
Salen por vientres, pechos y costados,  
Que ausentes de su tierra y patrio nido,  
Van á gustar las aguas del olvido!

Con esto, á su pesar, de la barrera  
Dos veces á los indios retiraron,  
Mas tantas hechas áspides tornaron  
Y con doblada furia en la carrera;  
Hasta que rebatidos la tercera,  
De la victoria al fin desesperaron,  
Volviendo las espaldas parte dellos  
Y luego todo el número tras ellos.

Porque de ver el daño desmedido  
Que desde talanquera les hacia  
El hélico español y artillería,  
Y ver á su cabeza sin sentido,  
Dieron lugar á un miedo tan crecido  
Cuanto lo fué primero la osadía,  
Mostrando á nuestro ejército las plantas  
Por no mostrar al filo sus gargantas.

No Rengo y Lencón, que sobre el muro  
Quedaban iracundos peleando,  
Mas viendo á todos irse retirando,  
Tuvieron el quedar por mal seguro;  
Y aunque para ellos fué negocio duro,  
La vida por entonces reservando,  
Dejaron los postreros la estacada,  
Llevando por delante su manada.

Caupolicán también, que larga pieza  
Estuvo amortecido allá en la boya  
Con infinita sangre que le arroya  
Y baña de los pies á la cabeza,  
De muchos ayudado se encereza,  
Y deja el nuevo muro y nueva Troya,  
Diciendo allá entre sí: «No hay fuerza alguna  
Contra la voluntad de la fortuna.»

El impar Tucapel solamente  
Quedó cual bravo toro dentro el coso,  
Que mientras mas herido mas furioso  
Embiste las barreras y la gente;  
Defiéndose y ofende al mas valiente  
El bárbaro sangriento y corajoso  
De fieros enemigos rodeado,  
Que ya le estrechan de uno y otro lado.

Pero con solamente media maza  
De tal manera entre ellos se revuelve,  
Que donde aquel saúdo rostro vuelve  
Gran trecho de lugar desembaraza;  
Hasta que viendo ya que en esta plaza  
Es poca la ganancia, se resuelve  
De renunciarla, aunque es á su despecho;  
Pues quiere mas honor que no provecho.

Mas no le mueve al Indio amor de vida  
Para determinarse de salvalla,  
Sino que echando gente á la muralla  
Quieran cerralle el paso á la salida;  
Y para demostrar el homicida  
Que es por demás cerrallo ni cerralla,  
Como él á su pesar abrilla quiera,  
Hizo lo que pensar aun es quimera.

Porque por todas partes revolviendo  
La temerosa vista encarnizada,  
Y viendo la salida embarazada,  
De muro y gente, de armas y de estruendo,  
Su fué su paso á paso retrayendo  
Hacia donde la cuesta era peinada,  
Y tiene de alto en buena perspectiva  
De veinte y dos estados para arriba.

De donde con las alas de su rabia  
Se arroja en vuelo y furia arrebatado,  
Bien como al mar tranquilo y sosegado  
Se suele el buzo echar desde la gavia;  
Mas luego le parece que se agravia,  
Y se arrepiente ya de haber saltado,  
Sintiendo que de nuevo le llegaban  
Mil tiros que siguiéndole bajaban.

Rabioso desto embiste con la cuesta,  
Do tiente la subida inaccesible,  
Probándola con ver que es imposible  
De la primera vez hasta la sexta;  
Y viendo que no puede ser por esta,  
Busca por otra parte si es posible,  
Escudriñando en torno el paso y via,  
Que solo para pájaros le habia.

Pues como de luchar con el barranco  
Halló que no sacaba mas provecho  
Que derramando sangre estarse hecho  
A los que le tiraban cierto blanco;  
Determinó dejar el puesto franco,  
De donde á la marina fué derecho,  
Queriendo emplear en ella su coraje  
A costa del robusto marinaje.

Mas viendo que tambien de allí su gente  
Desbaratada y rota se volvía,  
Siguiendo á la demás que ya subía  
Por el recuesto arriba torpemente,  
Echó por otra parte el impaciente,  
No se dignando de ir en compañía  
De los que huyendo van sin ir tras ellos,  
Por no participar la infamia dellos.

Y así, bañado en sangre y mal herido,  
Colérico, espumoso, bravo y fiero,  
Bramando mas que el toro al bramadero,  
Y mas desesperado que el vencido,  
Se entró por un bosquecillo entretejido,  
Sin que siguiese rastro ni sendero,  
Que por aquella parte no le habia  
Mas del que desangrándose él hacia.

Llegado á la mitad de la espesura,  
Por no poder tenerse ya en su estado  
Cayó con todo el cuerpo ensangrentado  
Al pié de un roble duro en tierra dura,  
Do ni vivir curándose procura,  
Ni el verse cual se ve le da cuidado;  
Mas puesto allí de rostro muerde el suelo,  
Pidiéndose razon de Tucapel.

En tanto la feminea compañía,  
Que estaba atrás dos leguas aguardando  
El buen ó mal suceso de su bando,  
Costumbre que la guardan hoy en día,  
Sintiendo que el ejército volvía,  
Ya por saberlo todo reventando,  
Salen á recibillos al camino  
Con sus pintados cántaros de vino.

Tras ellas va la bárbara hermosa,  
De Tucapel amada tiernamente,  
Llevándole refresco suficiente,  
Aunque sobresaltada y pavorosa;  
Sabida las demás la nueva odiosa  
Y estrago lamentable de su gente,  
Entregan á las uñas los cabellos,  
Trayéndose con ellas parte dellos.

Quién llora su marido, quién su hermano,  
Quién á su amado hijo, quién su amante,  
Y quién al padre caro vigilante,  
Que así la deja huérfana temprano;  
Cuál tuerce de dolor la blanca mano,  
Y cuál con ella hiere el bel semblante,  
Cuál humedece á lágrimas el suelo,  
Cuál rasga con suspiros aire y cielo.

Gualeva, mas que todas desalada,  
Caido el corazon, la faz difunta,  
Por Tucapel matándose pregunta,  
Mas no hay quien sepa del decille nada;  
Y viendo que de todos es mirada,  
Mil daños y desastres mil barrunta,  
Que donde el amoroso fuego quema  
No hay género de mal que no se tema.

A gritos llama y nadie le responde,  
Que todos callan mustios y serenos,  
Mirándola con ojos de agua llenos  
Buscar su amado sin saber por dónde;  
Y como no es persona que se esconde,  
A la primera vista lo echa menos,  
Mas loca, no creyéndolo, á mas priesa  
Vuelve, revuelve, cruza y atraviesa.

Cual descuidada cierva que herida  
Del insidioso y cauto ballestero,  
Ya sigue aquel, ya deja este sendero,  
Vagando por la senda entretejida;  
O cual oveja triste y desvalida  
Que sola va buscando su cordero,  
Tal va moviendo á lástima Gualeva  
Por donde el poderoso amor le lleva.

Ya muestra envuelto en púrpura el semblante,  
Ya en blanco, ya en mortal y oscuro velo,  
Ya lijo en tierra, ya elevado al cielo,  
Ya para Ocaso, ya para Levante,  
Ya vuelta contra cuantos ve delante,  
Les dice: « ¿Dónde está mi Tucapelo?  
Decidme lo que el cielo del dispensa,  
No me tengais atónita y suspensa.

» Desengañadme ya si es muerto ó vivo,  
Si viene, si se queda ó qué se ha hecho,  
Pues no hay en dilatallo mas provecho  
Que dilatar la pena que recibo. »  
No dice mas, que va el dolor esquivo,  
Queriendo proseguir le cierra el pecho,  
Y si prosigo yo, cerrado el mio,  
Dirán que canto mal y que porfio.

## CANTO VII.

Donde Gualeva, no hallando á su marido, ni quien le dé nuevas  
del, se determina de ir en su busca. Quitada para esto las armas  
á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuéntase  
lo que le pasó con Leucoton y Rengo, habiéndolos encontrado  
en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos,  
afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del  
bosque.

Adonde luce mas amor tirano  
Con el poder intenso de su llama,  
Es el cerrado pecho de la dama,  
Si ya una vez en él metió la mano;  
El áspero camino le hace llano,  
Sin que repare en bienes, vida ó fama,  
Que todo con su furia lo atropella  
Hasta que en el barranco da con ella.

Tan bravo es el rigor con que procede,  
Si se apodera del su mano cruda,  
Que allí pretende el pérfido sin dnda  
Hacer ostentacion de lo que puede;  
Pues lo que mas á toda fuerza excede  
Es que en la cosa della tan desnuda,  
Y tanto que es lo sumo de flaqueza,  
Se muestre el chapitel de fortaleza.

Que el fuego en duro hierro introducido  
Tan eficaz parezca y tan perfeto,  
No es mucho habiendo fuerza en el sugeto  
Para que le defienda su partido;  
Pero si en pajas débiles prendido  
Hiciera con la llama tanto efeto,  
Que al mismo hierro duro deshiciera,  
Actividad sin término arguyera.

Así no gana el crudo amor alevé  
Tan extendido crédito y renombre,  
Mostrando su potencia con el hombre,  
Pues hay capaz materia en que la cebe;  
Pero que en la mujer que es paja leve,  
Pueda causar efectos con que asombre,  
Eso es con instrumento que es de nada  
Hacer lo que Sanson con la quijada.

Aunque si vale en esto el voto mio,  
La causa por qué mas amor las hiere,  
Es porque cuando entrar su pecho quiere  
Le impelen con mayor esfuerzo y brio;  
Que entonces irritándole el desvio,  
Por acabar de entrallas rabia y muere,  
Seguro que despues estando dentro  
Le pagarán la fuerza del encuentro.

Mas naza de otra cosa ó venga desto,  
Que en juego al fin que tanto se platica,  
Cuando la hembra tímida se pica,  
Con pecho varonil arroja el resto;  
Gualeva ha dicho ya lo que hay en esto,  
Aunque mejor despues lo testifica,  
Volviendo á proseguir el triste llanto,  
Con que los dos pusimos fin al canto.

Cortóse en la mitad de sus preguntas,  
Pegando al paladar la lengua helada,  
Y luego dió en las yerbas desmayada,  
Haciéndoles doblar sus verdes puntas;  
No con las delicadas manos juntas,  
Mas una de otra aversa y apartada,  
Aunque los pies mas albos que la nieve,  
Unidos por igual en trecho breve.

Jamás gozó Meandro en su ribera  
De cisne que al hervoso alegre seno  
Mezclando el blanco propio al verde ajeno,  
Tal gracia, tal adorno y lustre diera,  
Cual por servirle allí de cabeceera  
Lo está gozando agora el prado ameno,  
En la nevada faz descolorida  
De la traspuesta bárbara tendida.

¿Qué lilio, qué azucena ó blanca rosa,  
A quien rompiendo el campo de pasada,  
La reja descortés dejó cortada,  
Cayó sobre la yerba mas hermosa?  
¿Ni cual adormidera granujosa  
Inclina su cabeza coronada  
Cual reclinó Gualeva el rostro bello  
Sobre el marmóreo laso y débil cuello?

Hizo quedar atónita la gente,  
Mirando cómo borda sus mejillas  
Y parte de las varias florecillas  
Con mal enajadas perlas del Oriente,  
Que el removido mar de su accidente,  
Mejor que las antárticas orillas  
En los conchosos párpados engendra,  
Y amor allí las purifica y cendra.

Dueñas, casadas, vírgenes hermosas  
Se derribaron luego á socorrella,  
En su dolor participan con ella  
Aun las de su beldad mas envidiosas;  
Cuáles al agua corren presurosas,  
Y cuáles por la faz le esparcen della,  
Llamando, no Gualeva, sino Guale,  
Que en la chilena frásis tanto vale.

Aquella le compone el atavio  
Si acaso con el aire se desmanda,  
Y esta con amorosa mano blanda  
Le limpia de la frente el sudor frio;  
Los hombres como genero baldio,  
En este menester se están en banda,  
Dejando á la mujer que lo profesa,  
Y en esto vale mas de lo que pesa.

Hicieronse pues remedios tales,  
Que con la multitud y fuerza dellos  
A poco rato abrió sus ojos bellos,  
Sus ojos dos lumbreras celestiales;  
Mas luego con suspiros desiguales  
Hizo que padecieran los cabellos  
La fuerza tan villana de sus quejas,  
Dejando enmarañadas sus madejas.

En cuyas hebras céfiro entregado,  
Saca del daño ajeno su provecho,  
Quedando en el despojo dellas hecho  
Soberbio, candaloso y prosperado;  
Y si con los suspiros fue rasgado,  
Le deja dese agravio satisfecho  
Un solo pelo destes, que aunque oscuro,  
Deslustra y escurece al oro puro.

Tampoco al gesto lánguido perdona,  
Que ya con puño, palma, ya con uña  
Lo hiere, lo sacude, lo rasgana,  
Lo ofende, lo maltrata, lo abandona;  
Y el planto que en funesto punto entona,  
En duro pedernal se imprime y cuña,  
Haciendo que las turbas admiradas  
La miren ambas cejas enarcadas.

Mas poco estuvo queda en este asiento,  
¿Cómo lo puede estar un triste amante?  
Que súbito se puso en pié delante  
De todo aquel confuso ayuntamiento;  
Por donde con furioso movimiento  
Y varonil denuesto en el semblante,  
Arremetió á las armas de un soldado,  
Quitándole la aljaba y un terciado.

La cual echada al hombro menos fuerte,  
Del ancho alfanje ornó la estrecha cinta,  
Y luego por la gente mal distinta  
Se lanza dando voces á la muerte;  
Porque desesperada de su suerte,  
Segun la mala nueva se la pinta,  
Quisiera con la vida barajalla,  
Pues no le dan lugar para trocalla.

Y así por todas partes impaciente  
Se arroja, vista y cuerpo revolviendo,  
Colérica tal vez redarguyendo  
A todo el escuadron que está presente;  
Tal vez con mansa voz y humilde frente  
Al mas plebeyo y minimo pidiendo  
Que al mar de sus fatigas dé algun vado,  
Diciéndole si sabe de su amado.

Mas viendo cómo todos á una mano  
No aciertan á decille qué se ha hecho,  
Procura por Talguen, amigo estrecho,  
Que Tucapel amaba mas que hermano;  
Porque él mitigará de llano en llano  
Con la verdad las ansias de su pecho;  
Pero ni por aquella ni esta banda  
Lo puede ver ni yo decir cuál anda.

Amata con el tósigo importuno  
No andaba por Italia tan furiosa,  
Ni dido en su Cartago mas ansiosa  
Haciendo grandes victimas á Juno,  
Ni en fiestas bacanales hubo alguno  
O alguna tan solícita y fogosa,  
Cuanto la triste bárbara lo andaba,  
Sonándole las flechas en la aljaba.

Sus trenzas ondeando al aire sueltas,  
Saltando el corazon desalentado,  
El rostro envuelto en un sudor helado,  
Las manos por el aire desenvueltas;  
Desta manera anduvo dando vueltas,  
Hasta que visto ya ser excusado,  
Se puso con sus armas en la via,  
Para la cual tomádoles habia.

Por do llevada ya tras su destino,  
Con frenesi, furor y desatiento,  
Se parte renunciando aquel asiento,  
Tan recia como el recio torbellino;  
No hay quien allí le impida su camino,  
Ni tenga de seguilla atrevimiento,  
Ni aun ose preguntarle qué procura:  
Tanto como esto puede la hermosura!

Poco despues tambien partió Quidora  
En busca de Talguen, su dulce amante,  
Mas della trataremos adelante,  
Pues no me da Gualeva tiempo agora;  
La cual con tierna planta voladora  
Ya va de las escuadras bien distante,  
Enderezando al muro vitorioso,  
Adonde está librado su reposo.